

¿QUE HACER?

DESDE LA VIDA

Según nuestro criterio, en este mundo todo es relativo, menos la vida humana. Por lo tanto es a partir de ella como aspiramos a medirlo y ordenarlo todo. En 1839, desde estos mismos presupuestos, argüía nuestro Fermín Toro que los índices estadísticos (cuyo símbolo sería el Producto Territorial Bruto con todos sus desgloses) obedecen a otro espíritu: "quíerese por lo positivo medir la felicidad de un pueblo, cuando el bien de la humanidad no es más que una negación. Si es una verdad que el género humano no ha de dividirse en raza de víctima y raza de sacrificadores, apreciarse debe la condición social de una nación no por el número de los poseedores, sino por el de los que carecen" (Europa y América, Obras, Caracas, 1960, 52). Como Fermín Toro, nosotros tampoco nos resignamos a esta brecha creciente entre ricos y pobres y como él juzgamos que la condición social de nuestra nación se evidencia en el hambre, el desempleo y el abandono creciente en que los gobernantes y los dueños de los medios de producción tienen a nuestro pueblo.

Desde esta perspectiva (no vemos cómo sea posible otra para los cristianos) el problema no es cómo mantener el orden y la seguridad sino cómo lograr que el pueblo tenga vida en dignidad. Si en vez de dedicarnos a lograrlo decidimos hegemonizar a las clases medias (dándoles más participación y no recortando demasiado sus ingresos) y a reprimir al pueblo, habremos tomado la peor decisión porque es la decisión que perpetúa e incrementa en nuestro país la división monstruosa entre raza de víctimas y raza de sacrificadores. Si en este esquema la pastoral popular se dirige a predicar al pueblo resignación y a consolarlo de su condena, nos premiarán los príncipes de este mundo, pero ya no seremos la Iglesia de Jesús de Nazaret.

No podemos renunciar a estas coordenadas. Ellas han de estar presentes no sólo en nuestras actuaciones públicas sino en nuestra vida privada. Pero desde estos parámetros, tenemos que esbozar alternativas y dirigir a ellas la mayor parte de nuestro interés y nuestro tiempo.

CABEMOS TODOS

Cualquier alternativa tiene que abarcar a todos los grupos sociales con sus intereses específicos. Para nosotros cualquier proyecto que aspire a superar esta situación de injusticia ha de tener al pueblo como su centro, no sólo como su destinatario privilegiado sino como su sujeto principal. Pero desde esta perspectiva no podemos considerar a las clases medias como algo inconsistente y desechable. Gracias a Dios pequeña burguesía ha dejado de ser una mala palabra. Es hora de tomar en consideración de un modo específico sus necesidades y reclamos de modo que, al hacerles justicia según las posibilidades del conjunto, dejen de mimetizarse con el pueblo para arrogarse su representación y convertirse en el intermediario que lo sustituye. La diferenciación de ambos grupos sociales y el reconocimiento de la legitimidad de las aspiraciones de cada uno hará posible una articulación justa

y productiva entre ambos que sustituya esta intermediación asimétrica y estéril.

No es viable ni justo un proyecto que proponga la desaparición de una clase social. Nosotros, conscientes de la terrible carga de responsabilidad que pesa sobre nuestra burguesía, sin embargo no proponemos acabar con ella como clase; deseamos por el contrario que, con otras reglas de juego, funcione de un modo satisfactorio para ella misma y para el resto de la sociedad.

Pero esas nuevas reglas de juego no saldrán de ella misma ni de los partidos del status ni de la CTV ni del clamor de los MCS ni de la presión de las Fuerzas Armadas. Sólo saldrán de un nuevo sujeto social. Nuestra labor es ayudar a que se constituya.

ORGANIZACIONES DE BASE

Por lo tanto, sin descuidar el horizonte global de nuestra acción, nuestra pregunta es ¿qué hacer ahora los que sí quieren hacer algo? Si éste no es hoy el primer cometido de nuestras vidas, si, en vez de edificar, todo se nos va en analizar y denunciar, sí estaría justificado decir que "las rabias son de una salvaje simplicidad". Aquí van algunas líneas de acción:

Creemos que el trabajo principal ha de ser con la base popular. Se trata de ayudar para que, desmontando divisiones extrapoladas, se llegue a percibir la situación y los intereses comunes. Los pequeños campesinos cafetaleros, por ejemplo, en cuanto al manejo de su único medio de subsistencia, no son adecos o copeyanos, son sólo y juntamente cafetaleros. Lo mismo podemos decir de los pobladores de un barrio, los usuarios de un centro de salud o educación o los obreros de una fábrica. El pueblo tiene que reconocer su situación fundamental común, incluso su cultura compartida y hasta frecuentemente (sin que esto sea motivo en ningún modo de discriminación) su fe común. Desde estas profundas raíces vivenciadas y transformadas en conciencia ha de ir creciendo la solidaridad y tomando formas cada vez más orgánicas. En este proceso nuestra tarea es la que hace casi veinte años propuso Medellín a los obispos y en ellos a todos los cristianos: "alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base" (2, 27).

Los partidos tienen un espacio legítimo en cuanto proponen unas políticas y equipos determinados en orden a orientar la marcha del Estado y gerenciar la administración pública. Pero los partidos son ilegítimos cuando, como hoy en nuestro país, pretenden abarcarlo todo de modo que sin ellos apenas pueda realizarse nada de lo que la Constitución Nacional ampara. En esta situación nosotros, convencidos de la necesidad de los partidos políticos, debemos colaborar prácticamente para que se reduzcan a sus funciones propias que desgraciadamente abandonaron para dedicarse a mediatizarlo y paralizarlo todo. Un medio para lograrlo es desarrollar multitud de organizaciones de base, sinceramente apolíticas y atendidas a sus funciones específicas. Los partidos deben convencerse de que esta proposición, lejos de constituir un sabotaje, es la única que puede salvarlos de la atrofia en que hoy yacen prostrados.

MI PROVECHO Y TU PROVECHO

En el camino de la organización popular (y también como proposición a la clase profesional) un reto decisivo será el de conjugar el interés propio y el interés común, la emulación y la solidaridad, el sentido de la oportunidad con el corazón misericordioso. Buscar el interés propio no puede ser una mala palabra. Es cierto que esto hoy se hace con frecuencia entre nosotros (y así lo inculcan los MCS) de modo salvaje, cerrando los ojos a los clamores de los necesitados y pisando si es preciso al que se ponga por delante. Pero la alternativa no puede ser predicar únicamente el altruismo y la vida comunitaria. Necesitamos estimular el ingenio, la creatividad, el sentido de la iniciativa y la capacidad de riesgo. Y con eso, el estudio acucioso y la capacitación real y práctica en orden a tareas útiles. Todo esto no es sin más egoísmo. Es egoísmo cuando se lo absolutiza y cuando el único sujeto y destinatario de todo ese esfuerzo es yo y lo mío. Pero, si en nuestra vida existen otras dimensiones y si somos capaces de conjugar el yo con el nosotros y con los otros, la búsqueda tenaz de seguridades elementales (trabajo estable, casa, ciertos beneficios...), el deseo de subir, la sana ambición, el sentido de los negocios, la capacidad de concitar voluntades... son dimensiones positivas y sumamente necesarias en esta hora de crisis. Estos aspectos positivos se convierten en tremendas virtudes cuando, no sólo no se hace injusticia a nadie, sino que estas cualidades se ponen también al servicio de otras necesidades y de las organizaciones populares. Naturalmente que personas así, a la vez que dinamizan las organizaciones populares, introducen en ellas ambigüedades y aun contradicciones. Tenemos que acostumbrarnos a procesarlas sin extroyectar a estos elementos. Nuestro ideal no puede ser una república de inocentes y disciplinados corderos paternalmente dirigidos por sabios frailes altruistas. El crecimiento del pueblo trae ambigüedad; es el precio de la vida. Tenemos que plantear muy clara la meta irrenunciable de una hermandad sin reservas empezando por los de abajo, pero desde este horizonte (que tiene que mantenerse operativo de modo que no se reduzca a una mera declaración de principios) hay que aceptar los aportes positivos, lo que cada quien dé. Así decía el título de una bodeguita: "Mi provecho y tu provecho".

TRES RETOS

1 Un problema que no hemos resuelto en nuestra vida republicana es lograr socializar la creatividad individual. Es cierto que la cimarronería se ha convertido en un rasgo de nuestra idiosincrasia. Pero no lo es menos que la tragedia de tanto talento malogrado y tantos logros que no consiguen acumularse tiene que ver en buena medida con debilidades organizativas y con servidumbres políticas. Es la hora de los

equipos. No puede esperarse que la convocatoria venga de arriba. Hay que aprovechar tantos espacios que existen, pero que no funcionan. Tenemos que tomar iniciativas. Todos sabemos las ingentes dificultades, pero la necesidad histórica es mayor todavía. Esto vale tanto para un grupo que se reúne (o puede llegar a formarse) en un caserío como para una cátedra o un departamento en una universidad. Esta dificultad de cohesión sólo se superará con la tenacidad que da el convencimiento de que es necesario coordinarnos y con el aliciente que se experimenta cuando se remontan los planteamientos no operativos (la prédica tan manoseada de los políticos) y nos centramos en objetivos plausibles, es decir, proporcionados y útiles.

2 Individuos y grupos enfrentamos en esta hora de crisis un problema peculiar. la sustitución de importaciones. Desde la pieza que antes se traía de fuera y ahora puede hacer el mecánico hasta la sustitución de un ingrediente foráneo por otro nacional más o menos equivalente o la adaptación de todo un proceso para que pueda seguir manteniéndose desde dentro... ¿Qué no se produce y ya no se puede importar y yo podría hacer? Naturalmente que la respuesta concreta a esta pregunta puede llevar años, pero si no nos la hacemos cada quien, nunca será respondida. Para esto, además del interés y la capacitación, se requiere un cambio notable de mentalidad: Convencernos de que ya no podremos seguir revistiéndonos de la modernidad ajena. Desde luego que el ideal no va a ser autarquía; siempre será necesario y conveniente el intercambio, pero en base a lo que logremos producir.

3 Un requisito para todo lo anterior es redimensionar las expectativas. No sólo reducirlas sino principalmente reorientarlas del consumo del tener al producir y al hacer. No se trata de que nos conformemos estoicamente a vivir con menos sino de que afrontemos esa penuria (relativa o absoluta) como reto para producir, tanto la vida material hasta donde alcancemos como otras dimensiones de la vida. La discusión principal no será ya entonces cómo repartir con justicia la renta petrolera (aunque esta atribución del gobierno seguirá siendo motivo de discusión y de lucha y con más ahínco ya que ahora se debate no a quién le toca más sino la vida del pueblo) sino cómo fomentar a todos los niveles la vida en el país. Los méritos no serán haber cumplido con un horario o una obligación sino haber producido, sea a nivel material, organizativo, ideológico o simbólico. Creemos que esta actitud no es totalmente nueva: bajo la capa insultante del manirrotismo y la infecundidad, soterradamente muchos venezolanos de todas clases sociales han estado entregados a construir el país, levantando su casa, su familia, su negocio. Sobre todo, esa ha sido la ocupación del pueblo que sí ha sembrado con sudor el petróleo. Pedimos que esa tónica aflore y dé la pauta en el país, que sea la actitud vigente.